

G É N E R O



MASCULINIDADES Y DESARROLLO SOCIAL

Las relaciones de género desde
la perspectiva de los hombres

Eleonor Faur

Capítulo 1. El pensamiento sobre la masculinidad

Lo que hacemos en el mundo es un reflejo de lo que sabemos acerca de él, y lo que sabemos depende de cómo llegamos al conocimiento, es decir, cuando pensamos en el cambio deberíamos empezar por pensar sobre el pensamiento. **Bawden y Macadam**

Perspectivas de análisis

Todo el mundo tiene algo para decir sobre la masculinidad. A modo de regulación o añoranza, de celebración o crítica, hombres y mujeres, grandes y pequeños transmiten valores, ideas y juicios sobre lo que es o lo que debería ser un hombre “masculino”. Qué papel le corresponde en la sociedad, qué tipo de relación debe tener con las mujeres, como debe ser como padre, trabajador o líder.

A esta manera intuitiva de expresión de ideas, preconceptos y aprendizajes adquiridos por el solo hecho de vivir en sociedad, podemos simplemente llamarlo “sentido común”, y desde un punto de vista académico, el mismo constituye más un objeto de análisis que una herramienta de conocimiento.

Además del sentido común, existen tipos de conocimiento más elaborados sobre la masculinidad y las relaciones de género, provenientes de: a) la psicología y sus estudios sobre construcción de la identidad y del deseo en hombres y mujeres; b) la biología y sus intentos por explicar comportamientos a partir de la diferencia genética y hormonal; c) la religión y sus esfuerzos por traducir al lenguaje humano el orden presuntamente establecido por dios; y d) las

ciencias humanas y sociales, y sus exploraciones sobre la construcción cultural de las relaciones de género en la práctica concreta y en el nivel del discurso (Connell, 1995).

No sólo existen diversos campos de conocimiento que van elaborando definiciones e hipótesis sobre distintos aspectos de la vida y las relaciones humanas. El estudio de la masculinidad ha visto nacer muy diversas perspectivas de aproximación, con fuertes cargas valorativas sobre el ser, el deber ser y el hacer de los hombres. Los estudios sobre identidades masculinas han surgido en el mundo anglosajón en la década de 1970, años después de la proliferación de la academia feminista. Con éstos, comenzó paulatinamente el ejercicio de visualizar el modo en que la construcción social de las relaciones de género atravesaba no sólo las prácticas y subjetividades de las mujeres, sino también las de los hombres. En este contexto, surgieron vías muy distintas para pensar, analizar e, incluso, *politizar* las identidades masculinas.

Si bien existe cierto consenso sobre los atributos y los papeles esperables para los hombres en la cultura occidental contemporánea (aspectos ligados con la productividad, la racionalidad, la fortaleza, la heterosexualidad y la capacidad de tomar decisiones –entre otros–), no hay acuerdo en relación con la etiología de estos atributos ni tampoco sobre sus efectos en la vida de los hombres y de las mujeres.

Kenneth Clatterbaugh (1997) ha distinguido ocho perspectivas de análisis vigentes en Estados Unidos en la década de 1990. Según ella, algunas tienen sus raíces en las filosofías sociales del siglo XIX, pero todas han tomado for-

ma como respuesta a la emergencia del movimiento feminista moderno. Algunas adhieren a los objetivos de este movimiento, otras, los contestan y critican, procurando desandar los cambios atravesados. Otras, ubican su mirada en las posiciones subalternas de masculinidades que suelen ser discriminadas. A grandes rasgos, las perspectivas más importantes listadas por esta autora son⁴:

1. La perspectiva conservadora, que puede dividirse entre los conservadores morales y los conservadores biológicos. Los primeros defienden el orden institucional y social enmarcado en la división de roles entre hombres y mujeres como parte de la raíz sobre la cual se funda la sociedad. Así, para ellos sería no sólo natural, sino también saludable mantener el dominio de los hombres en la esfera pública, ejerciendo su función de provisión y protección, y el de las mujeres en la esfera privada, actuando como cuidadoras de los otros miembros de la familia. Por su parte, los conservadores biológicos coinciden en que los distintos papeles de hombres y mujeres en la sociedad anteceden al orden social, pero a diferencia de los primeros, asientan su creencia en estudios biológicos y no en la santidad de la tradición. Otra versión de esta perspectiva se encuentra en el movimiento de hombres evangélico-cristianos: “los guardianes de la promesa” (promise keepers), que se basa en la lectura de la Biblia. Sostiene que los hombres no han sido suficientemente responsables como proveedores y padres y que tienen que encauzarse para cumplir dignamente con este papel y así superar la “crisis moral” que está atravesando la sociedad.

2. La perspectiva profeminista. A principios de los años ‘70 aparecen grupos de hombres simpatizantes con el feminismo,

⁴ Aunque señala ocho perspectivas, las agruparemos en seis.

que sostienen que la masculinidad se crea y mantiene a través de una lógica de dominación que otorga privilegios para los hombres, y que conllevan a la opresión de las mujeres. Hay matices dentro de esta perspectiva: algunos enfatizan en los privilegios que el sistema patriarcal otorga a los hombres en el nivel macro, y otros profundizan en las limitaciones que los papeles de género tienen para la realización personal de hombres y mujeres. Los autores enmarcados en este movimiento coinciden, sin embargo, en que la masculinidad tradicional no sólo es nociva para las mujeres sino también para los hombres (véanse Kaufman, 1989; Kimmel, 1997).

3. La perspectiva de los derechos del hombre. Esta perspectiva no considera que los hombres detentan privilegios respecto de las mujeres y es marcadamente anti-feminista. No obstante, admite que la masculinidad tradicional está dañando a los hombres. Hay quienes creen que el sexismo perjudica por igual a hombres y mujeres y quienes sostienen que la sociedad contemporánea se ha vuelto un bastión de privilegios femeninos y consiguiente degradación masculina. Los enrolados en esta corriente han generado una agenda que incluye la creación de leyes que protejan a los hombres en temas de divorcio, custodia de niños, medidas de acción afirmativa, violencia doméstica y acoso sexual. Es decir, que la intención es desandar el camino en todo aquello que fueron logros alcanzados en la defensa de los derechos humanos de las mujeres, plasmados en la legislación internacional y en buena parte de las leyes nacionales de diversos países (véanse Kimbrell, 1995; Haddad, 1993; Hayward, 1993).

4. La perspectiva espiritual o mito-poética. Surge a fines de los años '80, de la mano de los escritos y talleres de Robert Bly.

Representa a una corriente de hombres que se reúnen a conversar sobre sus “heridas emocionales y físicas” y a bucear sobre los arquetipos profundos e inconscientes de la masculinidad. Bly, asentándose en la teoría neo-jungiana, sostiene que el movimiento feminista colaboró en hacer surgir y valorizar la “energía femenina” y aboga porque los hombres encuentren el equivalente a esto en la emergencia de su “masculinidad profunda”. Este autor ha criticado al feminismo, por considerar que el mismo ha herido a los hombres. Otras corrientes emparentadas con la perspectiva mito-poética, en cambio, suponen que los hombres tienen que “feminizarse”, en lugar de alejarse de los arquetipos de feminidad. En todo caso, la visión mito-poética tiene, al igual que la conservadora, una alta dosis de esencialismo en la construcción de su discurso (véanse Bly, 1990; Keen, 1991; Kreimer, 1991).

5. La perspectiva socialista. Las feministas que participaron en los movimientos liberales y de izquierda de las décadas de 1960 y 1970 criticaron el sexismo existente en los mismos. A partir de los años ‘70, algunos hombres simpatizantes con el socialismo discutieron sobre la validez de estas críticas. Unos sostuvieron que el feminismo atendía a los intereses de la burguesía y no hacía más que dividir a la clase obrera. Otros, en cambio, revisaron la agenda de las mujeres tanto dentro de sus organizaciones como en la sociedad. Los socialistas pro-feministas encontraron que el patriarcado formaba parte de la lógica de dominación vigente en la sociedad, y analizaron a la masculinidad como expresión de una estructura de privilegios que construye jerarquías de clase y de género. Así, el sistema que fue llamado “capitalismo patriarcal” explicaría determinada división del trabajo y distribución de recursos según clase y género, a través de la definición de quien hace qué dentro de la es-

estructura social y quién obtiene el valor producido por el trabajo de los otros. A diferencia de las visiones esencialistas, esta perspectiva, igual que la pro-feminista, admite que el sistema de dominación masculina responde a una construcción histórica y cultural que puede –y debe– ser transformada (véanse Tolson, 1977; Connell, 1987 y 1995; Seidler, 1991).

6. Las perspectivas de grupos específicos. Incluyen a las del movimiento gay y también a las de los hombres negros y de otras etnias. Representan a grupos discriminados entre los hombres. La discriminación hacia los homosexuales se basó en su consideración como hombres “femeninos”, lo que, dentro de determinado paradigma de relaciones de género, era concebido como una masculinidad de segunda calidad. De tal forma, las perspectivas gay encuentran que la homofobia (el rechazo a la homosexualidad) es una de las principales causas de la dominación masculina, al establecer una representación simbólica de superioridad de “lo masculino” frente a “lo femenino”(véanse Altman, 1972; Ellis, 1982, Thompson, 1987). Por su parte, los hombres afro-americanos realizan una fuerte crítica sobre el papel que el racismo ha tenido en la modelación de la masculinidad blanca y dominante, como afirmación de jerarquías entre distintos grupos de hombres (véanse Gibbs, 1988; Majors y Billson, 1992).

Cada una de estas perspectivas se sustenta en distintos diagnósticos y propuestas de cambio. Es decir, que todas ellas pretenden no sólo entender la masculinidad y las relaciones sociales entre hombres y mujeres sino también contribuir a la transformación –o a la conservación– de las mismas. Desde este punto de vista, el análisis sobre la

masculinidad no se enarbola como neutral en términos políticos. Tanto los adalides de la creación de “nuevas masculinidades” como aquellos que pugnan por recuperar privilegios perdidos disponen de un proyecto político, consideran que los hombres deben o deberían ser de uno u otro modo. Y este punto no es menor en el momento en que se trata de abordar la masculinidad como un objeto de estudio y de dar cuenta de esta categoría como un supuesto subyacente en las políticas públicas.

Mas allá de la perspectiva con la que simpatizamos para aproximarnos a esta materia, es importante reconocer que todo intento de análisis sobre las identidades masculinas enfrenta una paradoja que atraviesa cualquier aproximación teórico-política sobre este tema. La paradoja radica en que nuestro propio sistema de pensamiento no es neutral en términos de género.

En este sentido, Pierre Bourdieu (1998) sostuvo que la dificultad en el abordaje de la masculinidad consiste en que los marcos de los que disponemos para pensarla provienen de una estructura de dominación que tiene entre los hombres al grupo que ostenta privilegios. Vale decir: nuestros conceptos y estructuras de pensamiento son a la vez fruto del sistema de dominación que queremos observar.

Robert Connell (1995) señaló que tanto la tecnología como la ciencia occidental están culturalmente “masculinizadas”. Sostuvo que más allá del hecho de que la mayoría de científicos sean hombres, el sesgo de género se encuentra en el tipo de discurso impersonal de la ciencia y en las estructuras de poder de ámbitos académicos.

Por su parte, Victor Seidler (1994) consideró que el pen-

samiento predominante a partir del Iluminismo, que incluyó la división tajante entre naturaleza y razón y la asunción de la superioridad de la razón frente a las emociones, los sentimientos y hasta el propio cuerpo, ha sido particularmente significativo en la construcción de la masculinidad moderna. De tal modo, tanto las ciencias sociales como la filosofía reflejan el rasgo moderno de negación de la naturaleza así como la consolidación de un proyecto de sociedad “a imagen del Hombre”

Hecha esta salvedad sobre el lente del que disponemos para analizar la construcción de identidades masculinas y relaciones sociales de género, presentaremos algunas de las tensiones teóricas encontradas a lo largo de la lectura transversal de las distintas perspectivas mencionadas. Con ello, nos iremos acercando a la concepción que asumiremos para analizar la masculinidad en los procesos de desarrollo.

Definiendo la masculinidad

Algunas tensiones conceptuales

1º tensión: relación entre la naturaleza y la cultura en las identidades masculinas

La bibliografía especializada discute la existencia o no de algo que puede llamarse el “ser masculino”, centrándose en el debate sobre cuánto tienen los hombres de “naturales” o biológicamente determinados y cuánto de “culturales” o social e históricamente definidos. Badinter (1993) se pregunta si el hombre está sobredeterminado (por la biolo-

gía) o indeterminado (por la cultura). Mientras que las corrientes de pensamiento conservadoras y espirituales o mito-poéticas consideran que existe una *esencia* masculina, profunda e inmutable; las perspectivas pro-feministas –sean socialistas o liberales–, encuentran que la masculinidad es un producto histórico, que excede con creces los límites de la determinación biológica. De algún modo, el esencialismo oscila entre el escepticismo y la indiferencia respecto a las transformaciones identitarias y relacionales, mientras que una aproximación de relativismo cultural llevada al extremo, acaba despojando a los cuerpos de significaciones en la subjetividad y en el interjuego social.

Existen también soluciones intermedias, que consideran que la masculinidad es un producto emergente de la articulación entre lo biológico y lo cultural. Pero tal vez la aproximación que supera esta tensión de un modo más profundo es la que, sin negar las determinaciones físicas o materiales, logra repensar aún la construcción simbólica de los cuerpos como expresión de las relaciones de poder entre hombres y mujeres.

Es evidente que es en el terreno del cuerpo en donde se presenta la diferencia sexual entre mujeres y hombres. Lo que no es tan evidente es que la diferencia en los órganos reproductivos genere “naturalmente” un territorio emocional y productivo tan distinto para unos y otras, ni que los cuerpos no estén a su vez filtrados por las normas sociales, e incluso por las prácticas económicas e institucionales.

En este sentido, el propio concepto del cuerpo humano excede su noción de maquinaria biológica y se encuentra atravesado por significados construidos –muy especialmen-

te— en función del género. La naturalización, la “eternización” de tales significados no es más que el producto de un eficaz trabajo que a lo largo de la historia fueron afinando interconectadamente instituciones sociales como la familia, la Iglesia, el Estado, los medios de comunicación e, incluso, los deportes (Bourdieu, 1998).

Vale decir, que la imagen de un “eterno masculino”, definida a partir de rasgos físicos u hormonales sería más una ficción creada y sostenida histórica y socialmente que una realidad comprobable. En todo caso, la extensión de esta idea confirma la efectividad que las distintas instituciones han tenido en la transmisión de representaciones y valores.

2º tensión: ¿Es la masculinidad una construcción individual o relacional?

La masculinidad existe en tanto exista la feminidad. Ya sea que se piense como complemento u oposición, la definición parte del reconocimiento de la diferencia. Y por lo mismo, es un concepto relacional, vale decir que supone determinadas prácticas y representaciones atribuibles a lo masculino que no sólo son distintas que aquellas consideradas propias de lo femenino, sino que no tendrían sentido sin su contra-cara.

En esta relación, se encuentran una serie de falacias o preconceptos que buscan “naturalizar” lo culturalmente creado. En primer lugar, la representación de la relación masculino-femenino suele asociarse a dos polos de características opuestas y con visos de complementariedad. Así,

se observan que las nociones acerca de lo masculino se asocian con lo racional; fuerte; activo; productivo; valiente; responsable y conquistador (de territorios y de parejas ocasionales), mientras que lo femenino suele asociarse con lo emotivo; débil; pasivo; asustadizo; y dependiente. En segundo lugar, este sistema de oposiciones binarias presenta una doble particularidad: no sólo se considera que las características más valoradas en el mundo occidental moderno coinciden con lo socialmente atribuido a lo masculino, sino que además se suelen crear estereotipos al considerar que hombres y mujeres efectivamente *son* así y no admiten rasgos del otro polo dentro de sí.

En todo caso, los hombres construyen su masculinidad dentro de estos esquemas de oposición y en referencia respecto a lo que es la no-feminidad. Ser un “verdadero hombre” es ante todo no ser mujer ni “femenino” (Badinter, op.cit.; Kimmel, 1997).

Kimmel habla de la construcción de masculinidades como “huida de lo femenino”, como validación homosocial –la aprobación de sus pares hombres– y como homofobia. Badinter considera que los hombres afirman de tres maneras su identidad masculina: mostrándose a sí mismos y a los otros que no son mujeres, que no son bebés y que no son homosexuales. Así, ambos autores afirman que la construcción de identidades masculinas es referencial, y la referencia es la oposición a lo femenino. De este modo, subrayan el aspecto negativo de la construcción de identidades masculinas: ser hombre es “no ser” mujer/niño/homosexual.

Sin embargo, la masculinidad no se construye únicamente a partir de discursos de negación. Hay fuertes mandatos

afirmativos sobre lo que un hombre debe ser, sobre lo que hace efectiva y positivamente diferente a un hombre respecto de aquellos a los que no deberá parecerse.

En síntesis, no hay una construcción identitaria independiente de la simbolización de las relaciones entre los géneros, sino que la misma se activa en una trama de prácticas sociales que incluyen los vínculos de los hombres con las mujeres y con otros hombres. Relaciones que se crean y se ponen en juego en zonas de interacción que van desde lo más íntimo y personal –como la sexualidad– hasta lo más amplio de las relaciones sociales y políticas.

3º tensión: Elección individual o coerción social en la construcción de identidades

Hemos señalado que las identidades de género en buena medida se construyen y que su construcción es relacional, en referencia a lo que son las representaciones acerca del otro género. Pero ¿cómo se construyen? ¿Responden a guiones volitivos o a formatos establecidos en distintos contextos sociales?

En el proceso de cuestionamiento de privilegios masculinos, pueden haber surgido nociones que consideran a las mujeres como víctimas sufriendo una opresión consciente y a los hombres como victimarios que gozan –también conscientemente– de los beneficios de su género. Desde otras perspectivas, los estudios sobre masculinidades desarrollados en las últimas décadas abundan en referencias a los “mandatos” que los hombres reciben de su entorno. A

partir de ello, oscilan entre miradas acerca de los guiones de género como monolíticos o con escasos puntos de fuga y las propuestas de transformación personal de identidades como proyectos para los que bastaría con la voluntad individual.

Y así, tanto dentro de los análisis que sientan su mirada en la construcción de subjetividades como en aquellos que analizan las posiciones de hombres y mujeres en el nivel macro-social, la referencia a las identidades como “construcciones” zigzaguea entre nociones de libertad e ideas de coerción social.

Pero las identidades no responden meramente a elecciones personales ni exclusivamente a formatos construidos en el orden social. Es más, dentro de sistemas de relaciones sociales, como sostiene Bourdieu (op.cit.), la “dominación masculina” se inscribe en disposiciones inconscientes de hombres y mujeres. Requiere de una complicidad en la cual participan “dominadores y dominados”, que en su accionar cotidiano recrean –casi siempre sin saberlo– las estructuras institucionales y económicas y las representaciones simbólicas de la dominación.

Así, hombres y mujeres se comprometen con las prácticas periódicas de creación de masculinidades y femineidades y, a la vez, sus identidades de género son filtradas por instituciones y normas legales. Aunque hay un margen de elección individual en el modo de asimilar los mandatos sobre dichas identidades, esta libertad no es completa.

Hay en este punto una tensión que no se resuelve, que permanece en un vaivén entre las voluntades (de cambio o de permanencia) y los dispositivos sociales (que tienden

hacia modelos más o menos tradicionales en cada contexto). Por ello, cualquier intento de análisis y/o transformación de modelos de masculinidad se enriquece al observar simultáneamente estos dos niveles: el individual y el relativo a relaciones e instituciones sociales.

Algunas definiciones

La masculinidad no es un objeto dado, como un traje ya confeccionado que los sujetos machos de la especie humana vestirán, sino que se construye, se aprende y se practica en el torrente del devenir cultural, histórico y social. Desde este punto de vista, se encuentra vinculada al terreno de la acción y del movimiento, y no al escenario de lo estático y lo predeterminado.

David Gilmore (1994) considera que la masculinidad “se construye desde un ideal que no es simplemente un reflejo de la psicología individual sino parte de una cultura pública que determina una representación colectiva”. Robert Connell (1995) va más allá de esta definición y sostiene que las masculinidades responderían a configuraciones de una práctica de género. Esto implica, al mismo tiempo: a) la adscripción a una *posición* dentro de las relaciones sociales de género, b) las *prácticas* por las cuales hombres y mujeres asumen esa posición y c) los *efectos* de estas prácticas en la personalidad, en la experiencia corporal y en la cultura. Todo ello se produce a través de relaciones de poder, relaciones de producción y vínculos emocionales y sexuales, tres pilares presentes en distintas esferas de la vida social

(familiar, laboral, política, educativa, etc.), y que resultan de gran fertilidad para el análisis de la construcción social de identidades de género. Pero además, las identidades masculinas se imbrican en un abanico de posiciones identitarias que articulan la clase social, la edad, la etnia, la inserción ocupacional y la opción sexual y que, de diversos modos, afectan las relaciones intra e inter-géneros.

Se parte, entonces, de pensar la masculinidad como una construcción cultural que se reproduce socialmente y, por ello, no puede definirse fuera del contexto social, económico e histórico. Esa construcción se desarrolla a lo largo de toda la vida, con la intervención de distintas instituciones (la familia, la escuela, el Estado, la religión, los medios de comunicación, etc.) que moldean modos de habitar el cuerpo, de sentir, de pensar y de actuar el género. Pero a la vez, establecen posiciones institucionales signadas por la pertenencia de género. Esto equivale a decir que existe un lugar privilegiado, una posición jerarquizada para ciertas configuraciones masculinas dentro del sistema de relaciones sociales.

Las instituciones juegan un papel crucial en la construcción de identidades de género, y así, legitiman posiciones diferenciales tanto para los hombres frente a las mujeres, como para algunos hombres frente a otros. En definitiva, hay una tensión entre la elección individual de nuestra identidad y la configuración de un orden social que impregna nuestro pensamiento, nuestras prácticas y nuestras relaciones en diversos sentidos.

Para los hombres, el crecer dentro de un sistema genérico determinado, el aprendizaje de ciertas pautas y normas sobre el desempeño que se espera de ellos, el participar en un universo de contrastes y estímulos que hacen a

la diferenciación “masculino vs. femenino” filtra claramente la experiencia individual, subjetiva y corporal, y entonces la *masculinidad* atraviesa tanto el plano individual –íntimo–, de posibilidades, exigencias y límites trazados al propio ser, como la esfera social –relacional–, referida a su posición frente a otros sujetos.

En síntesis, podemos sostener que las masculinidades son configuraciones de prácticas sociales, que se encuentran atravesadas por múltiples factores personales, económicos, culturales, sociales y políticos, y se producen a través de variados arreglos institucionales. De tal modo, sus transformaciones son también complejas y multi-determinadas.

Características de la masculinidad

Heterogeneidad

Es posible identificar ciertas direcciones hegemónicas⁵ sobre las definiciones de masculinidad, y sobre lo que se espera de los hombres en un contexto social, político, económico e histórico determinado. Los estudios realizados en distintos países latinoamericanos durante los últimos años coinciden en resaltar entre las características “esperables” de las masculinidades contemporáneas componentes de productividad, iniciativa, heterosexualidad, asunción de

⁵ La noción gramsciana de “hegemonía” para el estudio sobre masculinidades fue desarrollada en 1985 por Connell y otros. Con ello, se señala un esquema que aún tomando un lugar privilegiado en la sociedad, se encuentra en permanente estado de cuestionamiento. En la propia definición radica el dinamismo de esta categoría.

riesgos, capacidad para tomar decisiones, autonomía, fuerza, disposición de mando y solapamiento de emociones (Viveros en *Colombia*, Valdés y Olavarría en *Chile*, Fuller en *Perú*, Ramírez en *Puerto Rico*, y otros).

Pero es evidente que ni todos los hombres “mandan” y ejercen el poder del mismo modo, ni todos los hombres seducen mujeres a diestra y siniestra, ni todos los hombres tienen trabajos espléndidos en los cuales perciben los ingresos necesarios para el funcionamiento de sus familias. En este sentido, es claro que no existen en los hombres de carne y hueso tipos “puros” de masculinidad.

Por el contrario, en muchos casos las características esperables para los hombres pueden entrecruzarse o contradecirse de un modo aparentemente caprichoso, resultando casos de seres amorosos y autoritarios a la vez, o de homosexuales con fuertes tendencias tradicionalistas respecto del papel de los hombres y las mujeres en la sociedad, por sólo mencionar un par de ejemplos.

Asimismo, los varones participan de un abanico de alternativas identitarias superpuestas que, además del género, incluyen la clase social, la edad, la etnia, la inserción ocupacional y la opción sexual y todas ellas afectan sus modos de “ser hombres”. Por otra parte, los individuos singulares también difieren en rasgos de personalidad y gustos sea que consideremos que los mismos vienen conferidos por los genes, los patrones de crianza o por el signo del zodiaco bajo el cual nacieron. En todo caso, como canta Andrea Echeverri con Los Aterciopelados:

“Ay, pero los hombres no todos son iguales,
cada cual a su manera el ovillo desenreda...”

Hay masculinidades más y menos duras, más y menos competitivas, hay formas identitarias más tiernas o más violentas, hay hombres productivos o estudiosos y otros más perezosos. Existen los que hacen de la seducción una estrategia continua y los que optan por la fidelidad de por vida. De modo que pueden identificarse una multiplicidad de características que caben dentro de definiciones empíricas de masculinidad.

No obstante, es importante subrayar que la variedad de modos de vivir la masculinidad no siempre responde a los deseos o guiones de vida que los hombres puedan diseñar para sí mismos. Vale decir, que la masculinidad tampoco es una suerte de bien de consumo, que cada quien escoge el que mejor le sienta, sino que la heterogeneidad que señalamos es fruto también de relaciones que existen entre los individuos y las instituciones de la sociedad.

Así, las instituciones particularmente jerarquizadas como los deportes, el mercado de trabajo, las organizaciones de seguridad y el Estado son privilegiadas en la construcción social de cierto tipo de masculinidades dominantes y orientadas a la competencia (Connell, op.cit., Bourdieu, op.cit.). No será igual la masculinidad que se desarrolla en el frente de guerra que la del pediatra neonatólogo. Los primeros requerirán reforzar sus zonas de "valentía" y de poder sobre otros. Los últimos profundizarán su racionalidad pero también tendrán mayores licencias para conectar con sus zonas de ternura.

Adicionalmente, dentro de instituciones idénticas, las distintas prácticas asociadas con jerarquías diferentes afirmarán identidades masculinas disímiles. Por ejemplo,

no será la misma la masculinidad del obrero de fábrica que vive entre máquinas, ruidos y requerimientos de fuerza física a la del gerente que en otro piso de la misma fábrica pasa sus días en confortables despachos, con otros requerimientos de postura corporal e intelectual y con otra ambición en términos de acumulación de capital.⁶ Y lógicamente, también se producen diferentes masculinidades en entornos similares, según distintas opciones sexuales.

Ahora bien, además de encontrarnos con una gama diversa de masculinidades o de maneras de vivir y valorar el hecho de ser hombre, existen también relaciones entre distintos tipos de masculinidades. Relaciones que se basan en el lugar que los hombres ocupan en la estructura social, y que se articulan con la valoración que se le otorga a ciertas características de virilidad en la cultura contemporánea. Connell (op.cit.) ha distinguido interacciones entre masculinidades que incluyen alianzas, complicidades, subordinación y dominación al interior del género masculino. Los cuatro tipos de masculinidades identificados por este autor son:

1. Masculinidad hegemónica: responde a la lógica corrientemente aceptada que tiende a reproducir la dinámica del patriarcado (la dominación de los hombres y la subordinación de las mujeres). Como concepto gramsciano, la hegemonía supone una articulación entre el ideal cultural y el poder institucional. Su perdurabilidad es incierta, pues existen fuerzas que procuran deslegitimarla y constituir una nueva hegemonía continuamen-

⁶ Un ejemplo similar al citado ha tomado Connell de estudios pioneros de Andrew Tolson (1970).

te. A la vez, la misma no puede defenderse por la violencia directa sino que requiere de recursos de autoridad más sutiles y aceptados socialmente. En nuestra sociedad, la masculinidad hegemónica estaría representada por hombres blancos, de clase media, de mediana edad, alto nivel educativo, heterosexuales, exitosos en su trabajo, proveedores principales del hogar, prestigiosos.

2. Masculinidad subordinada: entre grupos de hombres, también existen relaciones de dominación y subordinación. Así, los hombres gay suelen ser discriminados por sus congéneres a partir de una lógica homofóbica que los considera “femeninos” (lo que equivaldría a una categoría de hombre inferior). Esta lógica discriminatoria frecuentemente se plasma en procesos materiales, que restringen a los homosexuales en el acceso a ciertos empleos o jerarquías en sus ocupaciones. Aunque esta no es la única masculinidad subordinada es una de las más evidentes.

3. Complicidad: La mayoría de los hombres no responden al tipo ideal de la masculinidad hegemónica. No obstante, colaboran en su manutención porque, de algún modo, el sistema de dominación patriarcal les ofrece ciertos beneficios por el hecho de ser hombres, que no sólo se expresa en el prestigio y el poder sino también en la posibilidad de generar recursos económicos más altos que los de las mujeres y mayor valoración simbólica de sus voces, de sus cuerpos y de su racionalidad. Según Connell, estos hombres pueden tener fuertes compromisos con las mujeres y no ser violentos con ellas, pero aún así, la obtención de esta suerte de “dividendo patriarcal” les resta motivos para intentar cambiar el sistema de dominación masculina.

4. Marginación: las masculinidades marginadas coinciden con los grupos étnicos que detentan menor poder en el contexto de

supremacía blanca. Esto configura movimientos continuamente cambiantes, que se definen en situaciones particulares. La marginación en este caso, se refiere al tipo de relación entre masculinidades (por ejemplo, en las relaciones entre hombres blancos y hombres indígenas o afro-descendientes), pero en el interior de los grupos étnicos pueden operar similares privilegios de género a los encontrados en el conjunto de la sociedad. Vale decir, que de todos modos un hombre indígena puede tener más poder dentro de su comunidad que una mujer de su misma etnia.

Lo dicho hasta aquí remite a la existencia de distintas definiciones de masculinidad en un mismo tiempo histórico de acuerdo a los espacios que ocupen los distintos hombres en las relaciones de género, en las instituciones y en la estructura social. Pero a la vez, los sujetos que ocupan posiciones similares o equiparables van cambiando sus expectativas y sus maneras de “ser hombre” a lo largo del tiempo. Producto de procesos que articulan lo social y lo individual, diversas transformaciones se suceden en las identidades de género, y esto nos lleva a señalar otra de las características de la masculinidad: su dinamismo.

Dinamismo

Como toda categoría cultural, la masculinidad es dinámica. Vale decir, que tanto lo que se considera propio de lo masculino en una cultura y grupo determinados, como las modalidades de organización de la vida social a partir de la definición de relaciones masculino-femenino, se transforman.

En los últimos años proliferaron invitaciones a construir

una “nueva masculinidad”, las que apelaron a metáforas tales como “reaprender a ser hombres”, “rehacerse hombres” y ser un “hombre genuino”. Con estas apelaciones se buscaba que los hombres pudieran “liberarse de roles prefijados socialmente”. Sin embargo, hablar de “nueva masculinidad” es a la vez una tautología –pues la masculinidad ha estado siempre reinventándose–, y una falacia –pues sus transformaciones no alcanzan necesariamente a todas las dimensiones ni a todos los hombres al mismo tiempo, a modo de un “renacer unidireccional y colectivo”, entre otras cosas, porque tampoco surgen de un piso común–.⁷

Probablemente, en el universo heterogéneo de hombres cuyas masculinidades se encuentran filtradas por experiencias sociales, económicas, históricas y también personales, se pueden identificar sujetos o grupos de hombres que procuran acomodarse literalmente a una noción tradicional o hegemónica de masculinidad y otros que buscan redefinir su modo de ser hombres en función de ideas más modernas, que apuestan por el cambio. En el medio, en un territorio en el cual conviven viejos y nuevos proyectos de género, se encuentran, seguramente, la mayoría de los hombres. De modo que pensar a los varones en esquemas

⁷ Si bien dentro del contenido de lo que se denomina “Nueva masculinidad” pueden observarse algunas propuestas interesantes –en tanto se busca que los hombres se “liberen de la violencia” y se “relacionen más con lo afectivo”–, la ausencia de un cuestionamiento acerca de las prácticas relativas al poder entre hombres y mujeres, marca claramente el límite de este concepto en su ambición re-fundacional. (Sobre este tema, puede consultarse la entrevista realizada a Juan Carlos Kreimer –quien, en Argentina, tal vez sea uno de los mayores exponentes sobre este movimiento–. “La Nueva Masculinidad”, en *Sin Fronteras* N°3, Primavera de 1995. <http://concienciasinfronteras.com>)

polares o dicotómicos no puede llevarnos muy lejos en la reflexión sobre las masculinidades tradicionalmente hegemónicas o sus contestaciones contemporáneas.

Algunas investigaciones nos advierten que muchos de estos vaivenes se perciben en función de la residencia en ciudades grandes, zonas rurales o ciudades pequeñas (Fuller, 2001; Viveros, 2001). También, los niveles educativos y socioeconómicos de hombres y mujeres influyen fuertemente en la transformación de las identidades de género, siendo que en las familias populares y menos educadas se encuentran las representaciones más tradicionales y en la población más educada y que reside en grandes ciudades, suelen encontrarse ideas más “modernas” (Wainerman, 1998).

¿Cuáles son los signos de transformación de las prácticas masculinas actuales frente a las que solían representarse en nuestra cultura? En las últimas décadas los hombres de sectores medios han dado un paso al frente en la crianza de sus hijos e hijas. Las hartamente mencionadas escenas de padres “modernos” paseando a sus bebés en los parques, o recogidos en la puerta del colegio van indicando una suerte de amplitud en las posibilidades de expresión de afecto y de las prácticas asociadas con el ejercicio de la paternidad —más allá de los patrones de racionalidad y autoridad— (Olivarría, 2001; Seidler, op.cit.)⁸.

Sin embargo, un estudio realizado en Francia demostró que las mujeres dedican el doble de tiempo que los hombres a sus hijos (Barrere-Maurisson, 2000). Y que en ese tiem-

⁸ Este análisis se amplía en Faur, E. (en prensa) “Familia y masculinidades”, en Di Marco, G. y otras *Democratización de las familias*. UNICEF, Buenos Aires.

po de dedicación, la distribución de tareas continúa estando altamente *generizada*: los varones se ocupan de algunas de las actividades de socialización (como ir al parque o llevarlos a un museo), mientras que las mujeres se dedican mayormente a las actividades ligadas a la preparación de comidas, la higiene y otras delicias de la vida cotidiana.

Por otra parte, se percibe cierta deslegitimación social del sistema patriarcal, que induce a la creación de nuevos discursos sobre la masculinidad, entre los que se incluyen aquellos relativos al “derecho a la ternura” (Restrepo, 1994). Estos discursos van permeando lentamente el imaginario de amplios sectores sociales, aún cuando no siempre se convaliden en escenas concretas. Allí, de algún modo, podría observarse otra tensión entre el discurso y la práctica cotidiana, siendo que por momentos aparecen cambios en el plano retórico que no se plasman en relaciones sociales, y otras veces resulta del modo inverso: comienza una transformación en las prácticas pero las representaciones no se adaptan al mismo ritmo.

El cambio de siglo permite construir hipótesis sobre la profundidad de los cambios operados en las relaciones de género y en las definiciones de masculinidad y feminidad. Todo indica que nos encontramos en un momento histórico en el cual conviven discursos y prácticas tradicionales y modernos. Y los mismos se articulan de muy diversos modos.

Indudablemente, la capacidad de transformación que puedan tener las masculinidades hegemónicas constituye una dimensión central en el posible éxito de este proceso de equiparación social. Aparentemente, muchos hombres se perciben comprometidos en relación con la transforma-

ción de prácticas tradicionales, especialmente en aquellas que se plasman en ámbito de la familia. Pero la masculinidad no se pone en juego solamente en el terreno privado. El mundo laboral, la arena comunitaria y la política, son espacios de interacción de fuerte predominancia masculina en sus niveles más altos, que también requieren de alternativas a los modelos hegemónicos de masculinidad.

Es decir, que aún reconociendo ésta como una época de grandes cambios en las relaciones de género, y en las definiciones de masculinidad y feminidad, el ritmo de cambio no es parejo ni se extiende en el conjunto de cada sociedad del mismo modo. Pueden producirse transformaciones en algunas dimensiones o en algunos grupos más tempranamente que en otros. Y pueden convivir diversas definiciones y prácticas de la masculinidad en grupos y sociedades aparentemente homogéneos.

Por último, es importante subrayar que el hecho de reconocer la construcción de identidades y relaciones de género como un proceso dinámico, no equivale a decir que su modificación sea sencilla o que dependa exclusivamente de voluntades individuales. Por el contrario, las razones de estas transformaciones pueden ser múltiples. El aumento de los niveles educativos de las mujeres; la extensión del uso de métodos anticonceptivos; e incluso períodos de recesión y crisis económica, que afectaron en términos de contracción de los ingresos masculinos, el incremento del desempleo y la incorporación (precaria) de mayor cantidad de mano de obra femenina, constituyen algunos de los motivos presentes durante las últimas décadas que han ido transformando las relaciones de género en algunos secto-

res de América Latina y que ubican a la masculinidad en un punto de interpelación.

De tal modo, en el contexto latinoamericano de fin de siglo, no puede obviarse que los cambios que están operándose en las masculinidades tienen un anclaje en los que se produjeron a partir de la mayor participación de las mujeres en la vida social. Desde este punto de vista, el tiempo actual parece ser un punto de inflexión, de no retorno. Afecta la vida de las mujeres pero también, sustantivamente, la de los hombres.

Necesidad de reafirmación constante

Muchos de los autores que trabajaron sobre la masculinidad, destacaron que la misma supone un proceso de continua afirmación, frecuentemente perfeccionado a partir de ciertos “rituales” que cada cultura marca a los varones a modo de iniciación (Badinter, op.cit.; Gilmore, op.cit.; Viveiros y Cañon, 1997, entre otros).

Badinter afirma que *“contrariamente a lo que siempre se ha creído (el proceso de hacerse hombre) es más largo y más difícil que ese mismo proceso en la mujer”*. Pero más allá de la tendencia hiperbólica que puede surgir cuando la lente se acerca a un determinado objeto de estudio, resulta interesante pensar sobre los rituales vigentes en la conformación de la masculinidad occidental contemporánea como hitos en los cuales no escasean dificultades.

Tres características menciona Badinter en esta ritualidad: la primera es que a diferencia de las mujeres (y su menarca), los hombres no atraviesan un giro biológico que determine el pasaje de la infancia a la virilidad adulta; la segunda es que la viri-

lidad se afirma a partir de una serie de pruebas, que frecuentemente implican dolores físicos o psíquicos; la tercera es que el proceso de “masculinización” es acompañado por pares u otros hombres, y que escasamente intervienen en él los padres.

Por su parte, David Gilmore aporta una idea sugerente sobre la labilidad de la masculinidad. A través de un análisis ambicioso en el que suma estudios etnográficos producidos en distintos puntos del planeta, concluye que la masculinidad no es una adquisición que se eterniza una vez ganada, sino que debe reafirmarse continuamente. Según él, los tres imperativos básicos de esta reafirmación lo constituyen la fecundación, la provisión y la protección. Pero a estos tres mandatos, podemos añadir otros igualmente poderosos en el pasaje hacia la virilidad, que incluyen la conquista sexual, la autonomía en el mundo público, la demostración de fuerza física o de “valentía” y, lo que Valdés y Olavarría (1998) denominan la “competencia social”.

¿En qué consisten los rituales contemporáneos de afirmación de masculinidades en el contexto colombiano? Aunque los mismos serán ampliados en los resultados de los talleres realizados en Bello y Bogotá, se puede adelantar que los hombres perciben que se “hacen hombres” cuando a) pelean con compañeros y demuestran frente a otros su fuerza y valentía, b) cuando ingresan al mundo de la sexualidad y mantienen sus primeros vínculos sexuales y c) cuando comienzan a trabajar. En la vida adulta, la masculinidad se ve reafirmada cuando tienen hijos, e, incluso cuando se emborrachan junto a los amigos. Muchos de estos pasajes suponen fuertes dosis de inseguridad para los hombres.

Ahora bien, si existen momentos dolorosos en esta cons-

titución, ¿por qué los hombres continúan ofreciendo sus cuerpos a esta fábrica social de masculinidades? Tal vez, porque son capaces de identificar que estos rituales otorgan a los hombres la suficiente auto-confianza y respeto de sus pares para participar en un sistema de relaciones de género que tiende a reafirmar la hegemonía masculina. O porque reconocen un vasto entramado social que dificulta la posibilidad de salirse de las pautas pre-determinadas acerca del ser hombre, ya que existe un marco social que así como crea normas, también crea ciertas puniciones para quienes se alejan de las mismas, sean hombres o mujeres. Tal vez, sencillamente, porque, tal como reza la publicidad de una conocida tarjeta de crédito: “pertenecer tiene sus privilegios...”

Dichos privilegios se hacen visibles principalmente, cuando observamos a la masculinidad en el escenario de las relaciones de género. Un grupo de hombres puede estar en la base de la pirámide social, en posiciones marginadas o subordinadas de masculinidad, pero aún así detendrá un plus de poder frente a las mujeres de su mismo grupo social o étnico.

Paradojas de la masculinidad

Dolores y delicias en identidades y relaciones de género⁹

El surgimiento de los estudios sobre masculinidades —que aparece como un eco a partir de la proliferación del

⁹ Tomado de Caetano Veloso: “Nao me venha falar da malicia de toda mulher, cada um sabe a dor e a delicia de ser o que é” , en *Dom de iludir*.

movimiento feminista—, trae a la agenda académica un conjunto de temas que complejizan la visión simplista sobre el modo de vivir los privilegios por parte de los hombres. Trabajos como los de Michael Kaufman en el Canadá cuestionan el mundo de poder y privilegio de los hombres como un mundo intrínsecamente relacionado con el dolor. Este autor señala que “la combinación de poder y dolor es la historia secreta de la vida de los hombres” (1997:64). Desde un enfoque declaradamente pro-feminista, el autor señala que el precio que pagan los hombres para asumir una posición de poder social es la supresión de toda una gama de reconocimiento y expresión de sus emociones. Por otra parte, el modelo del varón y de su construcción de la masculinidad en torno a la consigna del “tener que ser importante”, trae sentimientos de angustia y continuo riesgo de impugnación de su auto-estima (Marqués, 1997).

Sin embargo, pensar que la disponibilidad de recursos de poder y autonomía relativamente superiores dentro de una sociedad conduce a los hombres a una lastimosa situación de responsabilidades extremas y consiguiente dolor, que enajena la capacidad de gozar de los beneficios de esta situación, no resulta una hipótesis de gran credibilidad. El hecho de ser hombre denotará zonas de “dolor” y zonas de “delicia” que serán variables en cada sujeto y grupo particular. En otros términos: los privilegios masculinos podrán operar en diversos sentidos tanto para los hombres como para las mujeres.

Reconocer que existen “dolores y delicias” en las vidas de los hombres y de las mujeres en tanto tales y en sus dinámicas relacionales, nos permite asumir una visión de

mayor complejidad en torno al interjuego de género. Así, procuramos no subestimar ni exagerar ninguno de ellos. En otras palabras: intentamos no pensar a los hombres como villanos y a las mujeres como santas, ni tampoco al revés. Optamos por mirar las relaciones de género y las personas involucradas en ellas asumiendo su complejidad e, incluso, sus contradicciones entre lo discursivo y la práctica cotidiana.

Relación entre los “dolores” de la masculinidad y la organización social del género

En la literatura aparecen diversas maneras de pensar esta relación, aún cuando no siempre esté planteado el tema como tal. En un extremo, se encuentran los hombres marcadamente anti-feministas que niegan la existencia de privilegios masculinos y ven el origen del dolor de los varones en la subversión de las reglas de organización social del género. De este modo, el dolor no estaría causado por los estereotipos de masculinidad con los que crecen los varones sino por su deslegitimación. Entre ellos encontramos ideas como las siguientes:

“Tanto hombres como mujeres tienen sus propios privilegios y su propio poder... Las activistas del feminismo fueron las primeras en reconocer que el sistema estaba obsoleto, pero parecen ser las últimas en reconocer que el sistema estaba, al fin y al cabo, equilibrado. Rompieron el sistema, lo que estuvo bien, y rompieron el equilibrio, y eso resultó peligroso” (Hayward, 1993:131).

O bien:

“Estoy indignado con las mujeres que han estado insultando a los hombres durante cerca de quince años, machacando con el privilegio y el poder que teóricamente tenemos nosotros y pasando por alto que nuestros pretendidos privilegios y nuestro poder se nos endilgaron debido a unos hábitos sociales que también ellas contribuyeron a mantener, y que esos mismos hábitos nos han exigido pagar un precio atroz por una supremacía masculina absolutamente cuestionable” (Haddad,1993:148)

En el otro extremo, se encuentran los hombres pro-feministas, que ubican a las relaciones sociales de género y al patriarcado en la centralidad del dolor secreto de los hombres y valoran al feminismo como posible fuente de liberación masculina (Kaufman, 1997) y los feministas socialistas que cuestionan la estructura de dominación no sólo de género sino también social y económica, así como sus articulaciones.

Ahora bien, aun cuando para los hombres existan algunos “dolores” que no sólo les generan sufrimiento sino que además limitan su desarrollo integral como seres humanos, no sería veraz hablar de discriminaciones o restricciones en el goce de sus derechos por el hecho de ser varones. Es decir, que el “dolor” de los hombres en tanto tales es quizás un dolor más íntimo e inasible, que se presenta en hombres que ven socavada su auto-estima cuando no logran adecuar su vida a lo esperable para un varón exitoso, pero que no por ello enfrentan situaciones de exclusión, o límites a su autonomía atribuibles a su inscripción de género.

Vale decir, que aun cuando asumamos que las definiciones sobre lo que se espera de un hombre “masculino” pue-

dan tener altos costos para los hombres de carne y hueso, estos costos no se fundan en inequidades o desigualdades en el ejercicio de los derechos humanos. De algún modo, la organización social de las relaciones de género continúa perpetuando ciertos privilegios que favorecen a los hombres, jerarquizando los espacios y actividades relativas a “lo masculino”. Modificar esta estructura es un proceso en marcha, pero aún inacabado y desde ese punto de vista, se justifica profundizar en la vinculación de los hombres, a través de sus voces y sus prácticas, a hacerse presentes junto con las mujeres en la readecuación contemporánea de las configuraciones sociales respecto del género.